

Cap. I.08

V Elecciones generales. 1989

La nueva derecha

La legislatura 1986-1989 corroboró el hundimiento centrista a favor de la nueva derecha que, alrededor de AP, iba surgiendo de los restos de UCD y del CDS. No obstante, la coalición parecía estar llegando al límite de su capacidad. Ante el poderoso PSOE, el partido derechista requería de un profundo cambio si quería de verdad erosionar a los socialistas y ser una alternativa real de gobierno. En este contexto se gestó la transición del liderazgo de Manuel Fraga a José María Aznar –con un interregno peculiar- y el correspondiente cambio de nombre de AP a PP, que implicaba al mismo tiempo una muda estratégica, buscando los segmentos de voto más moderados y centristas, y a nivel territorial, la conquista de los núcleos más urbanizados. Las elecciones de 1989 iban a suponer la transición a este cambio.

En Baleares estos comicios de 1989 se abordan con la principal incógnita de si la izquierda volverá a vencer a la derecha y consolidará un cambio de ciclo, o si ésta recuperará la hegemonía tras unas elecciones de excepción. El resto de fuerzas lucharán por el mismo diputado de siempre, pero con la mirada más puesta en las segundas elecciones autonómicas que tenían que celebrarse en mayo de 1987.

Reorganización de la derecha.

El relativo fracaso de la Coalición Popular en 1986, que sólo consiguió repetir resultados a pesar de la integración del Partido Liberal, provocó la dimisión de

Manuel Fraga, aunque en esta decisión pesaron otros factores como por ejemplo los malos resultados en las elecciones vascas de noviembre de 1986. Rápidamente se pensó en Abel Matutes como sucesor, pero la crisis desatada fue tan intensa que pronto salieron varios candidatos. En el VIII Congreso Nacional celebrado en febrero de 1987, Antonio Hernández Mancha le gana la presidencia del partido a Herrero de Miñón, el cual, por cierto, tenía en su candidatura a José María Aznar. Durante los meses siguientes el liderazgo de Mancha resultó ser débil y polémico, con multitud de críticas a una gestión que se tildaba cuanto menos de azarosa – incluida una fallida y esperpéntica moción de censura al PSOE –, y que le obligaron a dimitir cuando no habían transcurrido ni dos años de su elección.

Ante la grave crisis de liderazgo, azuzada por una pérdida global de votos en las autonómicas de 1987, diferentes grupos del partido piden a Fraga que se haga nuevamente cargo del partido, bautizándose el siguiente IX Congreso de enero de 1989 como el de la refundación, fusionando definitivamente al PDP y al PL bajo la nueva denominación de Partido Popular, y firmando acuerdos de coalición con partidos autonómicos como Unión del Pueblo Navarro.

Superar esta grave crisis necesitó de un cambio de imagen, más centrada y adaptada a la oposición que tenía que hacer al PSOE, así como un movimiento estratégico del propio Manuel Fraga para transmitir a sus votantes que si bien su tiempo político –al menos como líder- había pasado, y que debía asumir como suyas las dos contundentes derrotas de 1982 y 1986, quedaba pendiente la tarea de buscar un nuevo líder y presentarlo a las siguientes elecciones de 1989. Así, en septiembre de 1989, Fraga propone a Jose María Aznar candidato a las elecciones que iban a celebrarse sólo un mes después, y le blinda como vicepresidente del partido, además de mantenerlo como presidente de la Junta de Castilla-León, en un intento de afianzar su liderazgo – y una cierta cohesión en el maltrecho partido -, pasara lo que pasara en las elecciones generales.

Estos convulsos tiempos del partido de la derecha nacional no tienen parangón en Baleares, donde la AP de Gabriel Cañellas mantenía el control sobre el gobierno autonómico y una cómoda situación interna, a pesar de haber perdido ante el PSOE en 1986. Tras esta derrota, en el horizonte conservador no había más interés que revalidar la victoria en las locales y autonómicas que debían celebrarse en junio de 1987, e incluso dejar constancia de la importancia de la AP de Baleares para el conjunto nacional, para lo cual Cañellas no tuvo ningún reparo en pedir la dimisión de Fraga el mismo mes de junio de 1986 al calificar de “fracaso” la mera repetición de resultados, ni tampoco en posicionarse en contra de Herrero de Miñón y se postulara él mismo como futuro presidente del partido nacional en el congreso de febrero “El nuevo presidente tiene que salir entre Hernández Mancha, José María Aznar, Arturo Tizón o yo mismo”, decía a ABC el 16 de diciembre de 1986.

Con estos antecedentes, Cañellas se había convertido en un importante barón regional. Su hegemonía en Baleares se basaba en una gran capacidad de trabajo y en saberse rodear de colaboradores con semejante fuerza (Jerónimo Sáiz, Francesc Gilet, Alejandro Forcades, Jaume Cladera...). Imprimía un frenético ritmo a su equipo y cada fin de semana se pateaban alguno de los pueblos mallorquines haciendo una política de corte muy rural.

Sin embargo en las elecciones autonómicas de 1987 sólo pudo incrementar dos puntos el porcentaje de voto, tanto respecto de las generales de 1986 como de las autonómicas de 1983, lo cual le obligó a volver a pactar con UM, que por cierto, había perdido casi el 50% de apoyos. Este nuevo pacto, siendo frustrante para Cañellas porque, entre otras cosas, obligaba a darle a Albertí la presidencia del Parlamento, le suponía sin embargo gobernar la Comunidad y el Consell Insular de Mallorca, que junto a los diez puntos que había obtenido de más respecto de AP en toda España, le permitía continuar con un cierto ascendiente ante una dirección nacional más bien débil.

A partir de esta victoria autonómica, nuevamente agridulce, Cañellas comienza a tejer una estrategia de futuro para conseguir ganar en los grandes municipios isleños, con Palma a la cabeza, y quitarse de una vez la piedra de UM. En este objetivo tendrá en la capital mucha importancia un grupo de trabajo nucleado en torno a un casi desconocido José María Rodríguez – entonces gerente de Ferias y Congresos -, que con el apoyo directo de Cañellas y del presidente del Consell Joan Verger, comienza a impulsar el asociacionismo vecinal de derechas, oponiéndolo al tradicional y bien tejido asociacionismo de izquierdas.

Tras el V congreso regional de AP, convertido en PP, en que son reelegidos Cañellas y Berastain sin oposición interna alguna, el partido sale cohesionado y con la estrategia perfectamente marcada para los años siguientes. El PP es casi una balsa de aceite, lo cual redundará en la facilidad a la hora de confeccionar las listas electorales. Al llegar el año 1989 se volvió a optar por al hermano del presidente, José Cañellas, para ocupar el número 1 de la candidatura al Congreso, siguiéndole una lista de equilibrios escasamente contestados como el de Enrique Ramón Fajarnés por Ibiza y Adolfo Villafranca por Menorca, mientras que para el Senado eran elegidos el joven empresario Simón Pedro Barceló y Joaquín Cotoner por Mallorca, Martín Escudero por Menorca y Alonso Marí Calvet por Ibiza.

EL PSOE

El gobierno de Felipe González iniciaba la legislatura con una situación económica que mejoraba a marchas forzadas. El lustro 1985-1990 se caracterizó por una fase de crecimiento, con masiva entrada de capitales extranjeros atraídos por los altos tipos de interés, pudiendo el Gobierno continuar una ambiciosa política de inversiones públicas favorecidas por la transferencia de fondos procedentes de la CEE, a la que España pertenecía desde el 1 de enero de 1986. El PIB per cápita se fue asemejando al de los países comunitarios y los servicios educativos, sanitarios y de pensiones crecieron de forma notable,

siendo sufragados por un sistema fiscal relativamente progresivo cuyos efectos terminaron por definir un auténtico “estado del bienestar” en España.

La política económica del gobierno, dirigida por el ministro del ramo, Carlos Solchaga, no era sin embargo ortodoxamente socialista. Antes al contrario, tanto IU como los sindicatos acusaban al ministro de ser excesivamente “liberal” por la flexibilización de normas, privatizaciones, bajadas de impuestos, etc., lo que terminó por provocar la tercera huelga general de la democracia, convocada para el 14 de diciembre de 1988.

Por otro lado, los problemas provocados por el terrorismo, las tensiones nacionalistas y sobre todo, la mencionada huelga, terminaron por doblegar la posición “liberal” del gobierno hacia lo que la prensa llamó el “giro social”, una especie de reencuentro del PSOE con los votantes que le habían aupado a su segunda mayoría absoluta. Para entender este giro, no puede olvidarse que el PSOE había perdido, además, apoyos electorales. Desde el histórico 48% del año 1982 había pasado al 46% del año 1986, y del 41% en las autonómicas de 1983 al 37% en las de 1987. Una tendencia descendente que favorecía sensiblemente a IU y mucho más a pequeños partidos nacionalistas, cuyo peso había pasado del 4% de 1982 al 12% en las europeas de 1987. El éxito de la huelga fue enorme. Tanto como que el propio presidente González apareció ante las cámaras de televisión para reconocer, abatido y entristecido, “el éxito político de la huelga”. A partir de este momento, el PSOE ya no volvió a ser el mismo.

En Baleares el PSOE estaba peor, pues no sólo se encontraba desde 1983 en la oposición autonómica, sino que seguía marcado por la guerra, a veces larvada a veces declarada, entre los sectores “nacionalista” y “oficialista”. Si bien formalmente estaba liderado por la facción que la prensa llamaba nacionalista o autonomista, encabezada por el secretario general Josep Moll en estrecha colaboración con el secretario de organización, Joan March, no ocurría lo mismo en la representación institucional, puesto que tanto el alcalde de Palma, Ramón Aguiló, como diputados y senadores nacionales –empezando por Félix Pons,

que había sido nombrado presidente del Congreso de los Diputados en Julio de 1986 -, amén de otros cargos regionales, eran del sector “oficialista”, esto era: alineados con la dirección nacional.

Esta división pudo mermar –sea dicho a cuenta de futuro inventario- el potencial socialista, limitando las posibilidades de arrastrar para sí muchos votantes progresistas – desde luego no nacionalistas - que procedían de las corrientes migratorias de regiones menos favorecidas. Es imposible cuantificar esta pérdida, pero en las segundas elecciones autonómicas de 1987, en que presentaron a Frances Triay como candidato a la presidencia del Govern, obtuvieron sólo un 33% de los votos, dos puntos menos que en las anteriores autonómicas y ocho menos que en las generales de sólo un año antes. El saldo no podía ser peor: no sólo el decremento era notable, sino que le dejaba por debajo del PP cuando en toda España el PSOE estaba por encima más de diez puntos.

Es en estos años cuando un grupo de socialistas de Ibiza encabezados por el diputado nacional tráfuga Enric Ribas, salieron del partido y pactaron con el PSM, creando Entesa Nacionalista i Ecologista (ENE) d’Eivissa, aumentando aún más las divergencias entre unos y otros. Llegada la precampaña la tensión era tal que nuevamente la dirección nacional tuvo que coger las riendas de las candidaturas, imponiendo el valor seguro de Félix Pons como cabeza de lista, y a Emilio Alonso y Antonio Costa como siguientes al Congreso. Ninguno del sector nacionalista. Aunque el grupo de March y Moll preferían a Pons en Madrid, la humillación no de haber podido colocar a ningún destacado de su corriente Socialismo y Autonomía, excepción hecha de Antoni Garcías al Senado, tensó aún más el enconamiento entre unos y otros, hasta el punto de que el propio Emilio Alonso declarara apesadumbrado, al Diario de Mallorca el día 19 de septiembre que lo que hay en el PSOE balear “se parece mucho a un enfrentamiento siciliano”. Un día después March confesaba al mismo rotativo que efectivamente “ha habido ciertos problemas” para confeccionar las listas. Era una manera suave de decirlo.

La otra izquierda.

En la izquierda radical, Julio Anguita había sido elegido como nuevo coordinador general de la Izquierda Unida en febrero 1988. La ortodoxia comunista de Anguita chocó con el mensaje renovador del dimitido Iglesias imponiendo una férrea línea política consecuente con el antisocialismo histórico del comunismo español, atacando al PSOE cuanto pudo. La estrategia era aglutinar a los ciudadanos de ideología progresista que no estuvieran bajo las siglas socialistas o bien a descontentos con su supuesta deriva liberal. Pero a pesar de la insistencia en su dura oposición apenas consiguió sumar adeptos en casi ninguna parte del país más allá del regreso de los antiguos compañeros del PCPE.

El fracaso fue especialmente notable en Baleares, donde el mensaje nítidamente comunista rechinaba mucho en una sociedad avanzada, de economía europea y sociológicamente lejana de dogmatismos de cualquier tipo. Con desgana, pero sin llegar a plantear una ruptura con las tesis ortodoxas, los comunistas de Izquierda Unida en Baleares siguieron las consignas llegadas de la nueva dirección nacional, eso sí, con media parte de sus cuadros dirigentes enfrentados con la otra media bajo la sorda y tradicional competencia entre moderados y radicales, o renovadores y ortodoxos. Con todo y con esto su protagonismo era mínimo en la política local, habida cuenta de que desde el año 1982 no habían llegado ni al 3% de los votos en ninguna convocatoria y que carecía de representación directa en el Parlamento balear. Indirectamente la consideraban a través del diputado por Entesa de l'Esquerra de Menorca, Joan López Casasnovas, lo cual era muy discutible porque él y su compañero, Ramón Orfila, del PSM menorquín, formaban grupo parlamentario con el PSM mallorquín.

En este contexto no podía decirse que IU se presentara las generales de 1989 ni con mucho optimismo ni con posibilidades de nada que no fuera arengar a sus militantes en victorias futuras a pesar de las desgracias presentes. Tarea para la

que se buscó el sacrificio de Gabriel Sevilla, quien aceptó estoicamente ser el número 1 de la lista al Congreso y Eberhard Grosske al Senado.

El PSM, al observar la deriva comunista de IU de la mano de Anguita, se reafirmó aún más en lo decidido en 1984 al convertirse en PSM-Esquerra Nacionalista, y posteriormente rubricado en 1986. Es decir, en buscar su futuro apostando por la vía nacionalista, progresista y ecologista, en lo que se dio en llamar “las tres patas” del partido. Pero esto no gustó a todos. En diciembre de 1986 el diputado y dirigente autonómico Damià Pons anunció que abandonaría al final de la legislatura el PSM y que ingresaría en el PSOE, y aquellas elecciones autonómicas, de 1987, terminaron no siendo muy buenas para los nacionalistas. Obtuvieron menos apoyos que en 1983, apenas superando el 6%, con Sebastià Serra y Joan Mayol como cabezas visibles de cartel.

Pero a pesar de lo que parecía un cierto impasse, el congreso de mayo de 1988, en el que se reeligió a Mateu Morro como secretario general, sirvió como acicate. El partido entró en una nueva senda de optimismo, más cuando el diputado ibicenco Enric Ribas, como se ha dicho, abandonó al PSOE para ser la voz del PSM en el Congreso. Así, de cara a las generales de 1989, el PSM formó una alianza con su homólogo menorquín, el Partit Socialista de Menorca, con la nueva Entesa Nacionalista i Ecologista d'Eivissa de Ribas, además de con algunos grupos independientes, todo ello bajo la denominación Coalició Electoral d'Esquerra Nacionalista. No hubo dudas: se puso al frente de la candidatura al Congreso al tránsfuga Ribas, seguido por el secretario general, Mateu Morro, mientras que la lista al Senado quedaba representada por Cecili Buele y Sebastià Serra.

Para completar el panorama político preelectoral a la izquierda del PSOE, apareció una candidatura nueva entre los progresistas denominada Los Verdes. Había sido creado en España en 1983 –a imagen y semejanza de Dië Grünen en Alemania en 1980- y en Baleares cuajó rápidamente para las elecciones de 1989 con el nombre de Els Verds-Lista Verde. Su cabeza de lista fue Rafel

Miquel Oliver, acompañado por algunos por nombres que en los años siguientes marcarán la eclosión del voto verde balear: los activistas ibicencos Josep Ramon Balanzant y Joan Buades (que fue candidato al Senado), y las más izquierdistas Margalida Rosselló y Àngels Fermoselle.

El centro.

Desde 1982 el centro político balear había dejado de ser ideológica y electoralmente lo que había sido durante los cinco años anteriores. El 51% de UCD en 1977 había quedado reducido al 11% del CDS en 1986, y el 15% de UM en 1983 se había reducido al 7% del PRD también en 1986. Casi todo ese voto se había ido a AP, y el pesimismo hizo mella en ambos partidos. Unió Mallorquina pasó por unos años muy malos. Más que eso, nefastos. Jerónimo Albertí, que había pretendido crear un partido de centro regionalista que en buena parte restara apoyos a la UCD pero también a AP, vio como pasaba del histórico registro del 15% de 1983 a un 9% cuando volvió a presentarse en solitario a las autonómicas de 1987.

Tras dar de nuevo su apoyo a Cañellas, comenzaron a hacerse públicas las divergencias internas entre los partidarios de haber apoyado a la izquierda en vez de a la derecha. Estas divergencias, junto a los problemas derivados de pretender extender el partido a Ibiza y a Menorca, debilitaron tan extraordinariamente a Albertí que se vio obligado a retirar su candidatura a la reelección de presidente del partido en el congreso de noviembre de 1988. Sin que se encontrara sustituto. Ante semejante desastre, se convocó un congreso extraordinario, solamente un mes después, el cual nombró al alcalde de Inca Antoni Pons presidente. Pero las divergencias continuaron hasta que dos meses más tarde, en enero de 1989, los dos concejales de UM en Palma se pasaron al PSOE. Era una muestra, una de las muchas, de que UM se abocaba al desastre electoral en las generales de ese mismo año. Ante la debacle, la facción más derechista del partido – que incluía a los cuatro diputados autonómicos -, se

impuso a la más regionalista y forzó la decisión de no presentarse a las elecciones.

Con la esperanza de que el voto perdido de UM no se lo llevara ni el PP ni el CDS, un oportunista Gregori Mir formó la llamada Unió Balear. Mir había sido senador por el PSOE en 1979 y diputado en 1982, pero cuando dejó de tener cargos, abandonó este partido al considerarlo poco autonomista. Con las nuevas siglas decía obtener incluso un diputado y continuar su carrera política en Madrid. Su pasado socialista no le era óbice a la hora de declarar que su partido era “semejante a CiU”, para el cual “hay espacio y votos” en las Islas. No es que no fuera cierto, pero en puridad no era más que un nuevo intento, tras la Unió Autonomista de 1977 y la propia UM en 1982, de un partido de reivindicación nacionalista o regionalista que recogiera buena parte del voto de centro derecha que había sido de UCD entre 1977 y 1982. En el mejor de los casos, lo que hacía CiU en Cataluña, y en el peor, - y más probable -, servir de llave de los gobiernos autonómicos.

En el CDS pensaban que ante una UM que pasaba por sus peores momentos, recuperarían terreno y ocuparían ese espacio de centro regionalista tan deseado, pero su escaso músculo orgánico en las Islas le dejaba al albur de lo que ocurriera a su central nacional. No es que el 11% de voto obtenido por Quetglas en las autonómicas de 1987 y sus tres diputados no fueran importantes, pero el sueño, expresado a menudo por Suárez de que el voto centrista que se había ido en 1982 hacia el PSOE y a AP “volviera” a su lugar de origen “natural”, ahora el CDS, siempre fue simplemente eso: un sueño. A pesar de todo, el diputado autonómico Francesc Quetglas, que había sido presidente de la formación entre 1982 y 1986, se ponía al frente de la candidatura al Congreso y Miguel Artigues al Senado, disponiéndose a rectificar la triste realidad que se avecinaba sobre el partido. Una misión que se barruntaba imposible.

En el espectro más difuso del centro –por situarlos en algún sitio- aparecieron otros partidos de lo más pintorescos. Era el caso del Partido Radical Balear, que

con una pizpireta María Antonia Barcala como candidata consiguió su cuarto de hora de gloria. En un tiempo en que no era costumbre ver a una mujer encabezando una lista electoral, fue objeto de todo tipo de comentarios sobre su agraciado físico relacionado con sus salidas de tono políticas, como la protagonizada al presentar su candidatura: “no daré mítines porque es como hacer el amor en grupo”. Huelga decir que los medios de comunicación encontraron en la candidata un filón.

Casi en la misma línea pintoresca se presentaba la Agrupación Ruíz Mateos, del famoso empresario cuyo grupo industrial y bancario había sido intervenido por el gobierno en 1982. Su líder universal declaraba en la capital balear el 6 de octubre de 1989 que “si estoy vivo es porque Alfonso Guerra no ha tenido oportunidad de envenenarme”. Otro que hacía las delicias de los periodistas.

La campaña

Tras el desgaste sufrido por el Gobierno tras la huelga general de 15 de diciembre del año anterior, muchos daban por descontado que Felipe González convocaría elecciones anticipadas, y no se equivocaron. Aguardó, es cierto, todo el primer semestre, pero el 1 de septiembre se anunciaban para el 29 de octubre. A nadie pilló por sorpresa. En realidad todas las maquinarias electorales estaban engrasadas desde que el anterior el 14 de abril se habían convocado las segundas elecciones al Parlamento Europeo para mediados de junio. En la primera ocasión se celebraron a la vez que los comicios locales y autonómicos de 1987, pero en esta segunda, se convocaron en solitario.

Precisamente por eso, la preocupación por la abstención era enorme. Y se cumplió. En toda España votó un irrisorio 55% y en Baleares el 45% pero, una vez superado el bochorno, los resultados se consideraron un adelanto de lo que podía ocurrir en las generales de cuatro meses después: El PSOE ganó en toda España con un 40%, al igual que en Baleares aunque sólo obtuvo un 36%. El PP, segundo partido, sacó un 21% frente al 33% en Baleares, y el CDS, tercero,

cosechó un 7% y un 8% respectivamente. Por detrás, un sorpresivo Ruiz Mateos sacó un 4% en toda España, pero casi un 6% en las Islas, mientras que el PSM e IU no llegaron ni al 5%. También se presentaron por Baleares hasta un total de seis partidos verdes, que si bien todos juntos tampoco superaron el 5%, iban a constituir una nueva alternativa para los votantes progresistas.

En el ámbito nacional, apenas unas semanas antes de las elecciones generales se produce un hecho relevante políticamente. La ruptura formal entre el sindicato UGT y el PSOE: “UGT da libertad de voto a sus afiliados”, decía la prensa. Al sector liberal del partido no le importaba en demasía este hecho, pues intuían que podían asumir esa merma de votos, pero ello no obstó para que el presidente sintiera el peso de la responsabilidad. Al fin y al cabo había provocado un divorcio que más allá del resultado electoral –que a partir de las europeas ya se daba por hecho que sería favorable al PSOE -, implicaba una pérdida sentimental y simbólica para la familia socialista. No en vano fue el mismo Felipe quien peor encajó el golpe al asegurar durante la campaña que “es la última vez que me presento”. Nadie le creyó y en efecto no fue así, pero aunque funcionó muy bien como mensaje aglutinador también era el primer claro síntoma del cansancio que le embargaba. Nada comparado con lo que aún tenía que venirle.

Con la llegada de octubre la tensión entre PSOE y PP se disparó. El nuevo líder conservador, José María Aznar, que el día 6 de septiembre había vertido lágrimas de emoción al abandonar la presidencia de Castilla-León para convertirse en candidato número uno por Madrid – o sea, candidato a presidente del gobierno -, inauguraba una nueva forma de oponerse a los socialistas. Ataque a fondo, sin remisión, sin matices, personal incluso: “El PSOE engaña siempre”, “González es el maestro del engaño”. Y sólo era el inicio de un estilo opositor de extrema dureza que, contestado con semejante destemplanza por parte socialista, llevó a España en los años posteriores a un in crescendo de tensión política nunca vista hasta el momento.

Esta tirantez se manifestó en toda su crudeza a cuenta sobre todo de los espacios de los partidos en TVE. El PP, IU y el CDS acusaron al PSOE de manipular la televisión pública a favor suyo y de usarla como un instrumento más de propaganda partidista. El día antes de iniciarse la campaña la tensión llegó a tanto que algunos dirigentes conservadores, como Manuel Fraga, amenazaron con retirarse de las elecciones. No lo hicieron, claro está, pero la amenaza denotaba el grado de dureza del ambiente política, algo insólito desde el advenimiento democrático.

Quien desde luego no se retiraba de las elecciones era candidato de CiU, Miquel Roca, que a pesar del fracaso en las elecciones anteriores, y del desaguisado al que condenó a todos los que le siguieron en la desastrosa Operación Reformista, no perdió la moral, asegurando, tan campante, a la prensa palmesana, en una visita el 7 de octubre “no me importaría ser ministro”.

Las estrategias electorales de los dos grandes partidos estaban cantadas desde hacía tiempo y en la precampaña se manifestaban con toda su meridiana claridad. AP, ya PP, la enfocó para hacerse con el voto centrista en toda España. Y en Baleares, además, el de UM. El candidato isleño José Cañellas declaraba al Diario de Mallorca el día 10 de octubre “Los votantes de UM tendrían que estar ciegos para votar al CDS”, a la vez que reclamaba su condición centrista para recoger todos esos sufragios. Y por su parte, el PSOE jugaba claramente a mantener las posiciones: cualquier cosa que no fuera ganar por mayoría absoluta en toda España no se contemplaba y sería un sonoro fracaso, aunque en Baleares eran conscientes, dada su situación, de la dificultad de volver a batir a la cota del 41% conseguida en 1982 y en 1986. Sus dirigentes clamaban “parar” a la derecha “de siempre”.

El resto, sólo soñaban con arrancarse unos cuantos votos unos de otros. La IU de Anguita se imponía la clara misión de restar a los socialistas los máximos votos posibles, tanto en toda España como en Baleares. Más que una estrategia era una obsesión del llamado califa de Córdoba, pues el líder comunista había

sido alcalde de esa localidad andaluza. El CDS, con Suárez al frente, todavía estaba inmerso en el sueño de quitar votos a derecha e izquierda, y en Baleares aspiraba a recoger sufragios de UM, que en teoría podían darle un escaño que una encuesta –una sola: la del diario nacional El Independiente - le otorgaba. Y el PSM, más que ganar nuevos adeptos, pensaba en que su granero estaba tanto en el nacionalismo de UM como en los progresistas descontentos del PSOE.

Para hacer llegar sus mensajes a los ciudadanos, los partidos mayoritarios apostaron sobre todo por la televisión y publicidad en diarios, revistas, vallas y mobiliario urbano. Los mítines, otrora estrellas de las campañas, se convirtieron en esta ocasión en meros escenarios para que quedasen bien en los informativos televisivos, oportunamente sincronizadas las conexiones con los momentos de máximo intensidad del discurso del candidato.

El día 10 de octubre llegaba a Palma Aznar, en su primer día de campaña, con su verbo incendiario: “en el PP mando yo y seguiré mandando”, “González ha elevado el engaño a categoría de arte”. Palabras pronunciadas en el Palacio Municipal de Deportes ante unas 3.000 personas, según publicaba ABC al día siguiente. El día 14 es el turno de Suárez, cuya foto enorme corona el eslogan “¡Palabra!”, rememorando su famoso “Puedo prometer y prometo” de cuando era presidente. El día anterior había aterrizado el mandamás comunista, Anguita: “No contemplamos un pacto de gobierno con el PSOE”, aseveró, sin pensar que González no iba a contemplar tal posibilidad ni siquiera durante un instante. Por cierto que González, presidente y secretario general del PSOE, no apareció en esta ocasión por Baleares. O los socialistas daban dar por sentado que repetirían resultados y que por tanto no necesitaban excitar mucho su voto en las Islas, o bien González castigaba a su partido en las Islas por las muchas desavenencias, dando por perdidos un buen número de sufragios.

En cualquier caso, la pérdida de concurrencia en los mítines en favor del impacto televisivo de los telediarios fue recogido ampliamente por la prensa

isleña. Fue el caso de la Última Hora que describía el día 20 un acto en Ariany con solamente diez personas, incluidos los mitineros. O el de Diario de Mallorca que el día 27 titulaba muy ilustrativamente: “Acaba una campaña electoral que sólo se pudo ver en televisión”.

Unos días antes, el propio DM publicaba una comparativa de gastos electorales de cada partido, que da una buena referencia, aun suponiendo que las cantidades no fueran del todo reales, sobre el grado de poderío económico de cada candidatura, así como en qué decidía cada una gastar sus dineros, y esto último permitía comprobar cuán habían cambiado los tiempos en relación a unos años antes. El mayor presupuesto fue el del PP, 25 millones de pesetas (unos 150.000 euros actuales), que los gastó en 200 vallas, 700 banderas de farolas, 40.000 carteles, 200.000 trópicos, 30.000 pegatinas, 55 cabinas telefónicas, 100.000 octavillas y 550.000 cartas postales. El PSOE invirtió 11 millones (unos 66.000 euros actuales), en 250 vallas, 300 banderas de farolas, 25.000 carteles y 50.000 pegatinas. El CDS todavía tuvo ánimo y dinero para gastarse 15 millones (unos 90.000 euros), en 60 vallas, 110 banderas en farolas y un mailing a la totalidad del censo electoral. Ya muy por detrás el PSM confesaba 5,3 millones (unos 32.000 euros), destinado a pagar 75 vallas, 10.500 carteles, 110.000 trópicos, 2.000 pegatinas, 93 pancartas y 50.000 sobres postales. IU fue la cenicienta puesto que con solo 1,8 millones (no llegaba a 12.000 euros) no le alcanzaba más que para 10.000 carteles, 30.000 trópicos y 90 pancartas, sin correo postal. Cantidades difíciles de creer, en verdad, pero ayudan a entender la enorme diferencia en el potencial económico entre unos y otros.

Los resultados.

Llegado el día de las elecciones, la participación en toda España fue objetivamente baja, del 70%, sólo un punto menos que en las anteriores, pero la segunda más baja de toda la serie electoral posterior. Ni la huelga general, ni el desgaste del Gobierno socialista, ni el crecido liderazgo en el PP, ni siquiera el preocupante 55% de participación en las Europeas de cuatro meses antes

servieron como revulsivo a un electorado resignado a un gobierno de continuidad y sin alternativa.

Tal y como se intuía, no hubo grandes cambios, y el apoyo mayoritario fue dado por tercera vez al PSOE, con un 40% de los votos, aunque pudo confirmarse la ya evidente tendencia descendente desde el 48% obtenido en 1982 y el 44% de 1986. La segunda fuerza volvió a ser el refundado Partido Popular, que con su 26% repitió prácticamente la misma proporción de voto que en las anteriores generales. A pesar de todas sus coaliciones, fusiones, disidencias y refundaciones no terminaba por ganarse la confianza mayoritaria del electorado. La bajada del PSOE tuvo como reacción la subida de IU, que quedó como tercera fuerza, pasando del 5% al 9%, y de 7 a 17 diputados. Estaba claro que Anguita salía reforzado, así como su estrategia antisocialista, mientras que el CDS de Suárez, con un 8%, es decir, un punto menos que en las anteriores elecciones, constataba definitivamente que el proyecto de centro había sido útil en la transición pero que no lo era más allá.

Los partidos nacionalistas tuvieron un comportamiento desigual: CiU repitió apoyos, PNV y HB bajaron, y el PA, UV y EA subieron, saliendo de todo ello un saldo positivo, en relación a 1986, en votos y en escaños.

Los resultados en Baleares

En Baleares se presentaron 16 partidos, aunque por supuesto los había que ya de partida estaban destinados a no superar ni los 1.000 votos: Partido de los Trabajadores de España, Falange Española de las JONS, Partido Obrero Revolucionario de España, Partido Radical Balear, Alianza por la República y no digamos la Coalición Socialdemócrata.

Elecciones generales 1989 en Baleares. Resultados al Congreso										
	Resultados en miles					Resultados en %				
	Baleares	Mallorca	Menorca	Ibiza	Forment.	Baleares	Mallorca	Menorca	Ibiza	Forment.
Censo electoral	548.939	442.203	48.799	53.366	3.427					
Voto emitido	348.851	284.083	31.468	30.774	2.088	63,6	64,2	64,5	57,7	60,9
Voto nulo	4.088	3.559	382	126	16	1,2	1,3	1,2	0,4	0,8
Voto en blanco	2.657	2.172	300	172	8	0,8	0,8	1,0	0,6	0,4
TOTAL CANDIDATURAS	342.106	278.352	30.786	30.476	2.064	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
PP - PARTIDO POPULAR	140.186	113.185	11.934	14.215	780	41,0	40,7	38,8	46,6	37,8
PSOE - PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL	118.987	95.636	11.053	11.148	941	34,8	34,4	35,9	36,6	45,6
CDS - CENTRO DEMOCRATICO Y SOCIAL	31.714	26.814	2.877	1.838	144	9,3	9,6	9,4	6,0	7,0
I.U. - IZQUIERDA UNIDA-ESQUERRA UNIDA	17.614	13.683	2.483	1.360	73	5,2	4,9	8,1	4,5	3,5
EV-LV - ELS VERDS-LLISTA VERDA	8.783	7.555	586	574	36	2,6	2,7	1,9	1,9	1,7
RUIZ-MATEOS - AGRUPACION RUIZ-MATEOS	8.751	8.045	372	302	18	2,6	2,9	1,2	1,0	0,9
PSM-ENE - COAL. ELEC.ESQUERRA NACIONAL.	7.992	6.431	1.025	500	32	2,3	2,3	3,3	1,6	1,6
UB - UNIO BALEAR	2.902	2.756	82	37	7	0,9	1,0	0,3	0,1	0,3
PST - PARTIDO SOCIALISTA DE LOS TRAB.	1.680	1.347	114	191	19	0,5	0,5	0,4	0,6	0,9
PCPE - PART. COM. DE LOS PUEBLOS DE ESP.	1.043	827	93	119	2	0,3	0,3	0,3	0,4	0,1
PTE-UC - PART. TRABAJ. DE ESPAÑA-UN.COM.	767	626	66	71	3	0,2	0,2	0,2	0,2	0,2
FE-JONS - FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.	542	463	39	34	1	0,2	0,2	0,1	0,1	0,1
PORE - PART.DE LOS OBREROS REV.DE ESP.	421	343	31	42	5	0,1	0,1	0,1	0,1	0,2
PRB - PARTIDO RADICAL BALEAR	394	356	13	22	-	0,1	0,1	0,0	0,1	0,0
AR - ALIANZA POR LA REPUBLICA	330	285	18	23	3	0,1	0,1	0,1	0,1	0,2
CSD. - COALICIO SOCIALDEMOCRATA	-	-	-	-	-	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
Diputados electos: José Cañellas, Enrique Fajarnés y Adolfo Villafranca (PP), y Félix Pons, Emilio Alonso, Antonio Costa (PSOE)										

Elecciones generales 1989 en Baleares. Resultados al Senado			
Isla	Partido	Senador	Votos
Mallorca	PP	SIMON PEDRO BARCELO VADELL	108.832
Mallorca	PP	JOAQUIN COTONER GOYENECHÉ	101.188
Mallorca	PSOE	ANTONIO GARCÍAS COLL	89.004
Menorca	PP	MARTIN JOSE ESCUDERO CIREROL	11.625
Eivissa-Formentera	PP	ALONSO MARI CALBET	14.606

La participación electoral, del 64%, fue la más baja de toda la serie de elecciones habidas hasta ese momento, al igual que había ocurrido en la serie nacional, pero la bajada, de tres puntos respecto de las anteriores, supuso separarse casi seis de los promedios nacionales, lo que ya dejó caracterizada a Baleares como una de las tres Comunidades con menor participación electoral de toda España. Esta alta abstención afectó especialmente al PSOE. Un fenómeno que, visto con la perspectiva de hoy en día, iba a ser ya una constante durante los veinte años posteriores. Así pues, la abstención de la izquierda, junto a la alta participación de la derecha, conllevó un vuelco porcentual muy significativo: el PP, con un 41%, obtuvo seis puntos más que en las anteriores generales, girando literalmente los resultados de ambos. Ello supuso un fortalecimiento espectacular del PP local, pues no sólo había superado el resultado de cuatro años antes sino que había mejorado los registros de las últimas autonómicas, locales y europeas, y, además, había obtenido quince puntos más que el PP nacional. Es cierto que el PP pudo haberse beneficiado (unos cuatro o cinco puntos) de una buena parte de los votantes de UM que esta vez no se había presentado a los comicios, pero con todo y con esto el resultado había sido espectacular para los conservadores, pues ya no iba a tener marcha atrás en más de dos décadas, habiendo comenzado claramente un tercer ciclo electoral, en elecciones legislativas, de supremacía popular.

De los seis puntos de caída del PSOE, al menos la mitad fueron aprovechados por IU, que a pesar del escaso incremento de tres puntos, de un total del 5%, fue su mejor registro desde 1977. Sin embargo, no parece que el PSOE transfiriera muchos votos a los nacionalistas de izquierdas, que obtuvieron el mismo 2% que cuatro años antes. Por lo tanto, el PSOE, gran perdedor, lo había sido esencialmente por el abandono de una parte de sus votantes hacia la abstención. Para ahondar aún más en la derrota socialista, obtuvo cinco puntos menos que la media estatal, lo que, junto a los cuatro puntos menos que obtuvo EU, ayudó a consolidar la idea que Baleares era una autonomía diferencialmente más conservadora, al menos en cuanto al voto emitido.

Por lo que respecta a los escaños, la elevada diferencia entre PP y PSOE no permitió desempatar a tres, los diputados asignados a cada partido. En cambio, los senadores fueron mayoría para el PP al ser la lista más votada en las tres Islas.

En el vuelco electoral también influyó sin duda un significativo cambio en las preferencias de voto a nivel local. De los 67 municipios, el PP ganó en 49 y el PSOE en 18. Entre los primeros, hubo cambios muy relevantes pues, por un lado, en seis de ellos el PP superó el 60% (Sant Joan, Costitx, Escorca, Sant Joan de Labritja, Ariany y Lloret de Vistalegre), y por otro, Palma por primera vez desplazaba al PSOE a ser la segunda fuerza, ganando el PP con un 39%. La estrategia de Cañellas había funcionado a la perfección, pues el peso de UM quedaba diluido por el triunfo del PP, habiendo empezado a conquistar municipios importantes como Santa Eulalia, Manacor, Ciutadella y Marratxí, además de Palma.

El PSOE no pudo llegar al 50% en ningún municipio, aunque sacó una ventaja al PP muy considerable en Andratx, Capdepera, Alaró, Lloseta, Es Castell, Fornalutx y Pollença. Entre los municipios emblemáticos, aún perdiendo Palma, seguía siendo mayoritario en Lluçmajor, Ibiza, Inca, Calvià y Mahón. El CDS rondó el 20% en Muro, Ferreries, Sant Llorenç des Cardassar, Pollença y Santa Eugènia, siendo la segunda fuerza después del PP en todos ellos menos en Pollença, que lo fue después del PSOE. IU obtuvo sus mejores registros, entre el 7% y el 10%. en Es Castell, Maó, Ciutadella y Palma. El PSM también osciló entre las mismas cifras en Santa Maria del Camí, Montuiri, Escorca y Algaida, aunque en Vilafranca de Bonany y Campanet llegó al 17%. Los Verdes, con un registro global incluso algo superior al del PSM, obtuvo apoyos por encima del 5% en Estellencs, Banyalbufar, Deià y Esporles, y por último, la Unió Balear de Mir, con un 1% global, sólo superó el 5% en Escorca.

Respecto de elecciones anteriores, éstas supusieron una de las cotas más altas de fragmentación electoral tanto en Baleares como en el promedio nacional.

Dicho de otra manera, las menores cotas de bipartidismo, que sólo sumó el 76% del voto, frente al 79% de 1982. A partir de este momento la fragmentación iba a ser cada vez menor y el bipartidismo cada vez mayor, al menos en elecciones generales, con valores crecientes que llegarán a rozar el 90% veinte años después.

En cuanto al equilibrio derecha-izquierda, volvió a manifestarse una clara inclinación a la primera. Mientras que los partidos progresistas (PSOE, IU, Els Verds, PSM-Esquerra Nacionalista, PST, PCPE, PTE, PORE e incluso la Alianza por la República) sumaron todos ellos no más del 45%, los conservadores y centristas (PP, CDS, Unió Balear y FEJ) se hicieron con el 51%, porcentaje al cual incluso podría añadirse el 4% que sumaban la Agrupación Ruíz Mateos y del Partido Radical Balear), que desde luego de izquierdas no eran.

Poco puede decirse del desequilibrio, sencillamente brutal, entre el voto nacionalista y el no nacionalista. De nuevo el primero (PSM-Esquerra Nacionalista y Unió Balear) tuvo apenas una presencia testimonial, del 3%. Una simple mota en un panorama político, ideológico y sociológico en que el nacionalismo constataba su escasa penetración en comicios nacionales.

.....

Las elecciones de 1989 supusieron pues la irrupción renovada de la derecha en el escenario político español. Con nueva imagen, nuevo líder y nueva estrategia. En Baleares, además, el partido liderado por Cañellas superaba la condición partido mayoritario para ir hacia la de hegemónico, en el sentido que su triunfo empezaba a aparecer no como una incidencia del juego político-electoral sino una característica estructural de la vida política isleña.

Este tránsito era la prueba de que la estrategia autonómica seguida por Cañellas, de penetración en la bases sociológicas de los pueblos mallorquines, estaba funcionando, amén, claro está, de lo propio que hacía la novedosa y persistente estrategia de Rodríguez en Palma y que sería clave en los años posteriores. Este

anuncio no explícito se hizo notar en el voto urbano, entendiendo éste como el de las diez localidades con una población mayor -Palma, Calvià, Marratxí, Lluçmajor, Inca y Manacor en Mallorca, y las dos principales de Menorca y de Ibiza, es decir, Mahón, Ciudadela, Ibiza y Santa Eulalia-, que con un peso del 60% del censo electoral del total de Baleares, el PP estaba dispuesto a conquistar. La consecuencia práctica de este proceso fue que el partido conservador se fijaba como parte de la sociología mayoritaria electoral de las Islas, mientras que el PSOE fiaba cualquier posible victoria futura a la mera coyuntura. De hecho, en el resto de citas a urnas hasta la fecha, solamente ha vencido a los conservadores una vez, y por apenas unas decenas de votos.